



NÚM. 137

BARCELONA, 21 DICIEMBRE 1901

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



procurando es desesperarme, para ver si yo *motu proprio* presento mi dimisión, y ofrecer mi puesto á algún paniaguado de la ministra ó del ministro del ramo.

¡Y qué carta le escribiría yo,—como iba diciendo,—después de tomarme el café con tostada, al jefe de mi negociado!

«Ilmo. Sr.: Ilustrísimo, no; así: Señor don á secas. «Señor don, etc ... Muy señor mío: Habiendo de-

Aunque todavía faltan algunos días para el sorteo del premio gordo me paso.—se pasa el autor de este monólogo, el que abajo firma no hace más que dar fe.—me paso, como decía antes de que me interrumpiera el escribiente, el día soñando y la noche en vela, haciendo castillos en el aire.

Por cierto, que en estos primeros días de frío formal, en que las heladas arrecian, y el fiero noto zumba que se las pela, y el aquilón deja ateridos á los que coge fuera de techado, han recrudecido mis deseos de soñar y de pensar en el ansiado premio que ahora tienen casi por suyo el 99 por 100 de los españoles. Da tanto gusto en estas noches en que el cierzo recorre las calles, metátese en la cama, acurrucarse, hacerse un ovillo, rebujarse en las mantas y dar rienda suelta á la imaginación!... ¡Si á mí me tocase el gordo!...

Lo primerito que hacía, antes de comunicarle la fausta nueva á mi mujer, era entrar en el café que antes hallase al paso, pedir una copa de cualquier cosa, ó café con tostada; sí, café sería mejor, que no se sube á la cabeza, papel, pluma y tintero, y escribirle una carta al jefe de mi oficina—yo soy empleado, como ya habrán ustedes supuesto—¡y qué carta le escribiría yo al jefe de mi oficina! Ardería en un candil. En mi vida he conocido hombre más exigente ni, menos considerado, al menos, con el hijo de mi madre. Todo le parece poco á ese buen señor para... molestarme. «Pérez, revise usted ese expediente.» «Pérez, no deje usted de poner ese oficio en limpio.» «Pérez, esto; Pérez, lo otro, y Pérez por allí y Pérez por allá.» En fin, que estoy de jefe hasta más arriba de la coronilla.

En cambio al hijo del ex-ministro X, y del consejero Z, no les llama á su despacho más que para pláticas amables sobre asuntos del día y para fumarlos ricos brevas de la propia Cuba.

¿Y se creará que ya que no me da brevas me dará buenas razones, que bien las necesito para sobrellevar la carga del negociado, ó al menos me recomendará para que se me ascienda? ¡Que si quiere! ¡Que se descuide Pérez en tanto así, en una pizca, y ya está Pérez botando del ministerio, por indicación de mi señor jefe! Para mí, el bendito señor lo que está

cidido, en uso de mi libérrima voluntad, no volver á ocuparme en la vida oficial de este desgraciado país, le envío adjunto el oficio que dignará leer y dar el curso conveniente. Le besa la mano, Pérez.»

Satisfechísimo me quedaría yo después de cerrar y remitir por el fosforero la carta en cuestión, y acto seguido me encaminaría á casa.

Al día siguiente no me ocuparía en negocios, lo dedicaría íntegro á no ir á la oficina. Me parece que esto ya era un placer muy suficiente para solemnizar el cambio de fortuna. ¡Tantos y tantos años trabajando, porque yo he sido, digo soy, de los que trabajan—bien sabe Dios que es porque me lo mandan—llegan á aburrir al más pintado!

Al otro día tampoco me dedicaría á otra cosa más que á pensar en la dicha que constituye no ir á la oficina. Le encargaría á mi señora esposa que me despertara temprano y me dijese: «Perez, que es muy tarde, á la oficina». Yo, es seguro, por la fuerza de la costumbre, me despertaría sobresaltado; me incorporaría en la cama, recapacitaría, me reiría como un bendito del susto que yo mismo me había mandado dar, y como un rey, volvería á meterme en el lecho... ¡y en el lecho á pensar que no iba á la oficina!...

Una vez gustado y regustado este placer, iría á encargarme una buena partida de ropa blanca, otra no menos buena de trajes y de abrigos, otra de sombreros y otra de cigarros escogidos de á doce céntimos y medio, porque el habano me marca.

Si el verse libre de ir todos los días á ponerse bajo la férula del jefe de mi negociado es una felicidad, no lo es menos llevar pantalones sin rodilleras ni arrugas, una buena cazadora sin coderas ni lustre por la parte interior de las mangas y una camisa nivea y coruscante. ¡Y eso todos los días, gran Dios!

El vestir con decencia siempre ha sido uno de mis mayores anhelos; mas cuando he tenido nuevo, las botas flaqueaban por los tacones, cuando he logrado un terno completo, el sombrero desdecaía. En fin, que nunca he podido salir á la calle vestido de nuevo de los pies á la cabeza, y, además ¡la ropa barata se deslucía tan pronto!

Otra cosa que había de hacer en seguida era buscar un sitio alejado del mundanal ruido para retirarme á él durante largas temporadas, y recrearme con tranquilidad y espacio en mis lecturas favoritas. Por mi mala estrella, nunca he podido leer con tranquilidad los periódicos. ¿Y saben ustedes lo que es, después de haber tomado choco late,—claro que no chocolate de á peseta,—y de haber encendido un pitillo—yo no fumaría cigarro puro por la mañana, no me prueba—leerle, bien abrigadito, con los pies al amor de la lumbre, y acariciado por el sol que entra por las vidrieras, los dos ó tres periódicos de su agrado desde la cruz á la fecha? Para mí, tras de escribir la carta á mi jefe, de llevar pantalones sin rodilleras y de no ir á la oficina, no encuentro otro gusto mayor sino el de leer las novelas de Pérez Escrich, Fernández y González, Ortega y Frías, etc.; son mis clásicos, con ellos me retiraría á cualquier rincón escondido de los alrededores; á Vallecas, por ejemplo, ó á otro lugar semejante donde se puedan gozar espléndidos paisajes y donde todo es campo.

Por las noches jugaría al tute...

Nuestro héroe se tapa la cabeza con el embozo de la sábana y continúa su sueño soñando.

A la mañana siguiente su mujer no puede convencerle de que es preciso que vaya á la oficina.

A Pérez no hay quien le haga creer que no le ha tocado la lotería.

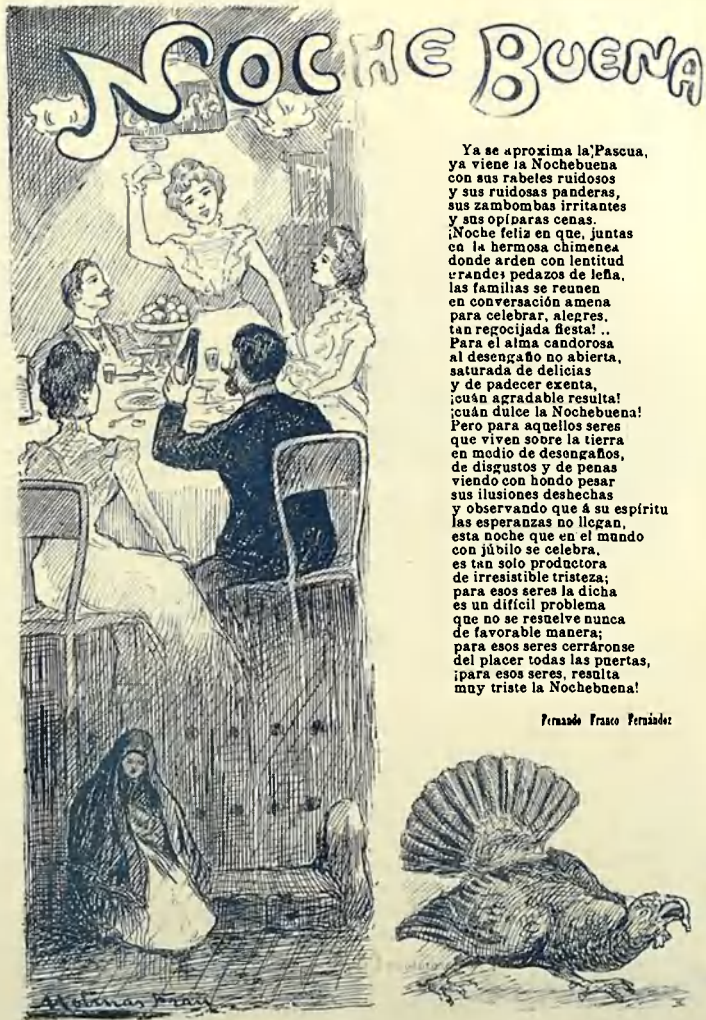


TOMÁS CARRETERO.

(Dibujos de A. Morrió)

LA AVENIDA DE LAS LILAS





Ya se aproxima la Pascua,
ya viene la Nochebuena
con sus rabeles ruidosos
y sus ruidosas panderas,
sus zambombas irritantes
y sus opiparas cenas.

¡Noche feliz en que, juntas
en la hermosa chimenea
donde arden con lentitud
vibrantes pedazos de leña,
las familias se reúnen
en conversación amena
para celebrar, alegres,
tan regocijada fiesta! ..
Para el alma candorosa
al desengaño no abierta,
saturada de delicias
y de padecer exenta,
¡Cuán agradable resulta!
¡Cuán dulce la Nochebuena!
Pero para aquellos seres
que viven sobre la tierra
en medio de desengaños,
de disgustos y de penas
viendo con hondo pesar
sus ilusiones deshechas
y observando que á su espíritu
las esperanzas no llegan,
esta noche que en el mundo
con júbilo se celebra,
es tan solo productora
de irresistible tristeza;
para esos seres la dicha
es un difícil problema
que no se resuelve nunca
de favorable manera;
para esos seres cerráronse
del placer todas las puertas,
¡para esos seres, resulta
muy triste la Nochebuena!

Fernando Franco Fernández



EL GABAN DE PIELES

Si en esto de los abrigos hubiese jerarquías, el gabán de pieles sería S. M. el rey.

Y eso que en «estos tiempos democráticos» han degenerado mucho las personas reales y los abrigos de pieles.

Antes todos los abrigos de pieles, procedían todos de animales «distinguidos»...

Hoy los hay de piel de gato... y de conejo *inclusive*.

Antaño los pocos gabanes de pieles que se veían eran de animales de mucho valor. Casi todos eran de senadores vitalicios.

Hogaño coge usted un gabán creyendo que es magnífico, y luego resulta que es de cualquier animal.



Porque en eso de las pieles «hay viles falsificaciones».

Tenía yo un amigo aficionadísimo á pasar por hombre importante.

Llegó á Madrid y ¡claro! lo primero que hizo fué comprarse un gabán de pieles.

Un gabán de pieles de *baja estofa*, porque el hombre no andaba muy bien de dinero.

Y llegó á la sastrería, y franco, como buen aragonés, le dijo al sastre:

—Mire usted; yo «no estoy en fondos» y quiero un abrigo barato, pero que «luzca».

—Se va usted á llevar por doce duros,—le dijo el «indus-

trial»,—uno que «va á dar el opio». Un gabán que para sí lo quisiera el Presidente del Consejo.

—Y ¿de qué bicho va á ser la piel?

—Marta legítimo.

A los quince días de llevar puesto el gabán, aquel mi amigo, daba repugnancia mirar las pieles.

—¿Has visto,—me decía furioso una mañana,—has visto que timo me ha dado el sastrecito aquí?

Y señalando el «despellejado» forro del abrigo agregaba:

—¡Y decía el tío que esto era marta!

—Vamos, no te apures,—le decíamos para consolarlo.—Eso es que se ha equivocado de piel.

—No,—decía él.—¡Es que se ha equivocado de ópera!

—¿Cómo de ópera?

—Sí, amigos míos. Porque esto no es Marta. ¡Esto es *La Bohemiul*!

Bueno, pues así y *todo* estuvo tres inviernos pasando por senador vitalicio.

Y dándose el gustazo de que todo el mundo lo mirase con admiración.

Con lo cual vivía el hombre tan satisfecho. Satisfacción que le *amargó* un chusco diciéndole una noche en el café:

—Hombre, tú que eres tan amigo de asombrar á la gente, estás perdiendo la gran ocasión con ese abrigo.

—¡Cá!—respondió.—Sí se admiran todos al verlo.

—Por fuera. Pues calcula tñ si te desabrocharas «alguna vez» y enseñaras esa piel llena de *clavas*, destañida y lacia...

—¿Qué? —interrumpió receloso.

—¡Qué se admirarían muchísimo más!

Decían en una ocasión de un usurero que vivía de lo que *chupaba* á los demás y que acababa de comprar un abrigo de pieles.

—Es tan avaro que para abrigarse lleva la piel de otro animal.

Pero nada tan gracioso como la de aquel marqués arruinado que decía todos los días:

—¡Estoy gastando un dineral! Todas las noches me «despellejan» en el Casino.

Hasta que supimos un día que no jugaba nada: ¡qué iba á jugar!...

—Aquí,—decía el conserje,—se le quita siempre que entra el abrigo que trae. Que por cierto tiene una piel de no sé qué animal...

Y no le dejáms seguir.

Decía un fatuo que compró un hermoso abrigo de pieles que llevaba abrochado:

—No doy por mil reales la piel que llevo aquí debajo.

Y un pobre cesante que llevaba un raquítico gabancejo, añadió:

—Pues la que llevo yo aquí debajo no la doy por mil duros.

Y el otro, con gesto de lástima, le dijo:

—Pero ¿qué piel lleva usted ahí?

—¡La mía!!



FELIPE PÉREZ CAPO

HIERÁTICA

Cuando contemplo la beldad sublime
de tu semblante angelical, y admiro
en tus pupilas el radiante giro
de más luz que á mi espíritu redime.

Cuando mi mano temblorosa oprime
la tuya de jazmín, mientras deliro,
y en los claveles de tn boca aspiro
la dicha por la cual mi pecho gime.

Cuando ya soy feliz, y se extremece
mi pobre corazón, y de mi lado,
la sombra del dolor se desvanece,

Entonces, me figuro, embelesado,
que soy un semidiós, y me parece
que eres, mujer, un cielo conquistado.

MARIANO CASTAÑO

CIRCO ECUESTRE

Pocos teatros se ven tan favorecidos como el Tivoli cuando funcionan en él los *caballitos*, y hay que reconocer así mismo que pocas empresas procuran dar tanta variedad á los espectadores, en su clase, pues los programas se renuevan de continuo y rara es la *atracción* internacional que deja de ser presentada en el favorecido circo de la calle de Caspe.

Desde luego que no tienen nada que hacer allí los *intelectuales*, pero en cambio los *sportsmen* y *sportswomen* de todas edades tienen materia sobrada para su entretenimiento en todo género de deportes, desde el salto y la equitación hasta el ciclismo y el *excentricismo*, en sus innumerables manifestaciones.

Ello es que hay mucha gente á quien satisfacen mucho los ejercicios acrobáticos, ecuestres, gimnásticos, etc., y se comprende muy bien que sea así á guisa de reacción contra el excesivo esfuerzo mental impuesto á la mayoría de los que han de trabajar para vivir, y especialmente á los que se dedican á ocupaciones sedentarias. Por la ley de los contrastes admírase siempre lo opuesto á las personales circunstancias, y así el niño encanque, encandado, criado entre juegos y crecido como



I. Y II. LAS CAMALOUNAS.—III. HERMANOS GREFF.—IV. BOUTAIN COLIBRES.
V. WILLIAM STEPHANOV Y MISS BONNY.—VI. HERMANOS BORTON



VII. CLOWN HERMANOS CARPI.—VIII. CLOWN MURKINCHER Y MME. REGAN.—IX. CLOWN ROSA.
X. CLOWN HERMANOS CARPI.—XI. CLOWN ROSA.—XII. LUIS CORINI Y MME. JUDIT

Hor de estufa envidia al robusto é intrépido *acrobático* que desafiando toda clase de peligros da pruebas de su fuerza física, su agilidad y recia complexión saltando como un gamo ó haciendo prodigios de habilidad. Asíombrase el peón ante las gallardías de la amazona, el hombre gordo ante las contorsiones invorsimiles del clown, el valudinaiso ante los músculos de acero de los que cultivan los juegos icarios, y todos la serenidad de que dan pruebas aquellos hombres, mujeres y niños que se juegan la vida cada noche.

Y aun puede que sea ese el secreto que lleva á los circos ecuestres á las multitudes, ávidas siempre de sensaciones fuertes; porque, el hecho es que mientras en el teatro la acción es mentira, en el circo ecuestre es verdad; no es farsa allí el riesgo, sino una realidad de todos los instantes, como en la plaza de toros, pero en muchísima mayor escala; así, por ejemplo, el domador de fieras está infinitamente más expuesto (y a buen seguro lo demostrarían las estadísticas) que los toreros, por la diferencia que media entre la ferocidad é inteligencia de un león, por ejemplo, y la ferocidad é inteligencia de un animal tan torpe como el toro.

J. L. C.



BELENES

No voy á conducirlos á los templos. Á la hora solemne de las doce de la no-

che del veinticuatro de diciembre cuando con ruidosa algazara de zambombas, rabeles y pande-
retas, se celebra la conmemoración del Nacimiento del Mesías.

Os llevo á sitios más profanos, y os hablo de cosas más pequeñas, pero igualmente y en grado más
alto, bulliciosas y crepitantes.

En nuestro regocijado y hervoroso país, nunca faltan *belenes*, sin que llegue la Nochebuena.

Desde luego, tenemos Belenes perpetuos, mujeres de ese nombre, y con hechos que responden á ese
nombre, de pelo en pecho, navaja en la liga, y metralla de mostaza y pimienta en la punta de la
lengua.

Pero para belenes, los otros, los que no son nominales solamente; de esos conozco varios; en especiali-
dad el que suele armarse en casa de una joven, llamada Marcela, casada con un viajante de comercio.

La tal Marcela, apenas se ausenta su marido, y se ausenta veinte días lo menos en cada mes, lánzase
á las manifestaciones más grandes de la alegría.

Reune á diario, en su propia casa, y en las habitaciones más separadas de la vecindad, para que no
la oigan, á varias amigas y amigos de las amigas, y se entregan á los higiénicos placeres de comer y
beber, de bailar y cantar, y del jolgorio en su mayor apogeo.

—Yo,—dice Marcela,—quero y respeto mucho á mi marido. Pero ¿es culpa mía que pase viuda la
mayor parte de mi vida? Por eso, me huelgo cuanto puedo, porque los años transcurren y se van, y
no vuelven, y la juventud y la alegría son cosas, que, una vez perdidas, no se recobran nunca.

—¡Qué cínica eres!—exclama una amiga, que se hace la mozigata.—Esas cosas se hacen, pero no se
dicen.

Lo cierto es que Marcela y compañía se divierten de lo lindo, y arman unos belenes que me río yo.
Eso sí, á puerta cerrada, para que el público, ese crítico mordaz, que más se inclina á la censura
que al imparcial juicio, no se de por entendido.

Por lo demás, esos belenes no son los únicos, y los más sonados, en nuestra bendita tierra.

Los diputados y ediles parecen estar abonados á esta clase de espectáculos, á los belenes parla-
mentarios y concejiles, según lo que eso menudea y gusta á los aficionados.

El representante de la patria D. Silvestre Fornido, particularmente, se lleva siempre el primer pre-
mio en semejantes torneos.

Es hombre cejijunto, barbado, hercúleo, campanudo, para quien la lucha tiene atractivos irresistí-
bles, y sobre todo la lucha de la palabra, de banco á banco, en la que no suele gastarse más municiones
que los gritos desaforados y las voces estentóreas.

Bien es verdad que si D. Silvestre se hace insoportable en la sala de sesiones, se hace de todo pun-
to insufrible en su propia casa.

Toda su familia se echa á temblar el día en que él dice que va á pronunciar un discurso.

—Hoy pienso armar un belén,—exclama con sonrisa de ogro, moviendo las quijadas, como si se pre-
parara á comerse á todos sus enemigos.

Y á semejanza de los buenos cómicos se ensava frente á un espejo, para adoptar los gestos y las actitudes más horripilantes, que según él son las más adecuadas para convencer, á falta de razones, al contrario.

Y es de ver á D. Silvestre, en mangas de camisa, delante de su armario de luna, mostrando los puños cerrados, con los ojos fuera de las órbitas, queriendo como acometer al pacífico é inofensivo mueble, que reproduce su imagen furibunda.

—Pero, Silvestre,—le dice su esposa, acudiendo al vocerío de su conspicuo espeso.—¿Te has vuelto loco?

—No te asustes, Mónica,—le responde con voz tranquilizadora.—Ya sabes que esto es fingido. No es más que un ensayo del belén que he de armar esta tarde.

Pero, á todos los belenes, habidos, y por haber, superan los que se afectan, con acompañamiento de bancos y rechullas, botellas y naranjas, cuando sale manso un toro y no se retira al corral y á la idilica y descansada vida de la dehesa, ó cuando un picador resulta tumbón ó un matador pincha en hueso más de lo justo ó se tira al degüello de algún inocente ternero, á usanza de Herodes, que también degollaba inocentes.

—¡Fuera ese caraco!

—¡Muera ese mandria!

—¡A la cárcel ese tunante!

Y vuelva por el aire todo lo volable, y lo no volable, y se arma un belén que dá quince y raya á todos. Hay sin embargo, belenes superiores á los registrados en este artículo.

Me refiero á los que lleva á cabo mi vecino 'Tijeretas', un sastre de portal, que casi nunca tiene trabajo, pero sí borracheras.

Para él todo el año es pascua, y todas las noches Noche buena, y no hay hora que no sea de belén y jolgorio.

Lo malo es que el pobre hombre, va á concluir por estar en Belén, ó en Babia, ó en Esc-

tulópolis, á fuerza de sus continua las libaciones en el despampanante templo de Baco.

Más, ya me dejaba en el tintorero el belén, que desde mucho antes de Navidad, sienta sus reales en casa de D.^a Pascasia. Es ésta una señora viuda, con varios chiquillos, á quienes nima más de lo justo.

Pues bien, sus vástagos la comprometen para que les compre infinidad de instrumentos pastoriles, como zambombas, rabeles, panderetas, con lo que alborotan la vecindad, que á su vez maldice á la escandalizadora chiquillería y al genio bonachón de D.^a Pascasia, que tolera que sus hijos se la suban á las barbas, y conviertan el hogar pacífico en una insoportable anarquía.

Bien es cierto que en casa de D.^a Pascasia, y en otras casas parecidas, sin necesidad de que llegue Noche-buena, nunca faltan belenes.

Siempre, por causa de los revoltosos rapaces, tiene gresca D.^a Pascasia con los vecinos.

—¿Tiene usted unos niños muy mal educados!—la dicen á cada momento.

—Ustedes son quienes no tienen educación,—responde ella furiosa.

El amor la ciega, y hay que perdonarla. Pero es el caso que puede llegar un día que los belenes de sus chiquillos concluyan en la casa de socorro.

EUSEBIO GALDO



ERMETTE ZACCONI

Pocos conocen, como Ermette Zacconi, los secretos del arte dramático y ninguno ha logrado aún excederlo, porque raros, rarísimos, poseen, tan bien como él, una organización tan completa de artista. Tuvimos ocasión de oírlo, por primera vez, en Palermo, con la Duse. De esa noche—una noche histórica—conservamos aun hoy los más gratos recuerdos. La Duse y Zacconi se completan: la escuela y los procedimientos son los mismos: los dos procuran realizar la suprema fórmula de la verdad en el teatro. Esta es la *manera* peculiar de uno y otro. La superioridad de Zacconi está, justamen-

te, en esto en ser verdadero, sencillo y humano. Es un actor moderno, en la acepción de la palabra, sin *tranquilas*, sin exageraciones innecesarias, sin procurar el efecto de la galería é interpretando todos sus papeles con la conciencia de la realidad. Puede representar tan bien, pero nadie, aun, interpreta con más realidad los personajes que encarna, á los cuales se adapta y con los cuales se identifica de una manera maravillosa y perfecta.

Manifiestamente Zacconi es siempre grande: es él y siempre él. Por nuestra parte, sin embargo, preferimos verlo en las obras llamadas de pensamiento, de observación ó de psicología, como en las *Almas Solitarias*, en el *Poder de las tinieblas* y en los *Espectros*, por ejemplo, que es una de sus más bellas y prodigiosas creaciones bastante á consagrar la reputación de un artista, si la suya no estuviere de há mucho tiempo consagrada. El desenlace por la estricnina, en la *Muerte civil*, es, ciertamente, inimitable. Pero donde se revela completo, con un refinamiento estético intraducible, es en *Pedro Caruso* y en otras obras congéneres, donde la realidad se refleja como en un espejo.

Zacconi ejerce hoy una soberanía incontestable en el mundo artístico. Es una moderna realza que no se discute. Misionero del arte consiguió transformar y revolucionar el teatro por la verdad. Este es su secreto. Es, por sí solo, un teatro

y un arte. Su poder dominador pueden alabarlos cuantos han tenido el inapreciable placer de oírlo, por lo menos, una vez, como una de los supremos consuelos de la existencia.

MAGALHAES LIMA

A lo escrito por el eminente periodista portugués debemos añadir que el público de Barcelona ha confirmado su autorizada opinión, si bien con algunas restricciones. En puridad, nadie ha dejado de reconocer el subidísimo mérito del ilustre

actor italiano, pero no hasta el punto de elevarle á la categoría de incomparable, ni único, lo cual no quita que haya dejado imperecedero recuerdo. Algún crítico, no poco autorizado, ha creído que Zacconi era un actor notabilísimo como *efectista* y de ahí el entusiasmo que produjo en *Spettri*; en cuanto á los que le han censurado por su realismo en las escenas patológicas no tienen razón, pues eso es legítimo en arte, y los que se inspiran ante todo en la

verdad no distinguen, y están en su derecho, entre lo que puede procurar una emoción deleitosa y lo que debe engendrar necesariamente una sensación cruel, por ejemplo, el final de la *Morte civile*.

El público, á la verdad, no se entregó desde luego, quiso apreciar á fondo las cualidades de Zacconi, pero una vez las hubo bien aquilatado no dudó en colocarlo á elevadísima altura, aunque, quizá no tanta como pretendió la prensa madrileña. Sin embargo, los triunfos alcanzados en *Spettri* y *Kean* son de los que jamás puede olvidar un actor, y no los olvidará seguramente Zacconi.

Para terminar diremos que es digna de envidia la nación que cual sucede en Italia puede contar á la vez con tan eminentes artistas dramáticos como los que aplauden hoy en día nuestros públicos, continuando así la tradición de la Ristori, Rossi, Salvini y demás glorias de la anterior generación.

M. MAULEON



PEPITORIA

BIBLIOTECA AZUL

Esta biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbak.

Megdalena la Mendiga, por L. Jacoliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacoliot.

Orso, por Enrique Syenkievich.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

Para regalo de Pascuas.

Tengo una idea feliz;

Pues que padece de callos

Te enviaré LADIVONSIM.

El inspirado poeta D. Eduardo Marquina, el más vigoroso de los poetas jóvenes, llamado con razón por un crítico *el mago de las imágenes*, y á quien conocen ya los lectores de *lira*, ha publicado un nuevo tomo de sus más escogidas poesías, titulado *Eglogas*.

No dudamos que esta nueva obra será tan admirada como discutida, pues contiene poesías como *La balada de los golfos* y otras varias, que por su atrevido pensamiento llamarán la atención.

Va ilustrado por el genial artista Ramón Pichot.

RIMAS

Así se titula una lindísima colección de poesías que acaba de publicar nuestro distinguido colaborador don Antonio Martín Gamero precedida de un discreto prólogo de D. Armando G. Perez. Por su fluida versificación, delicado sentimiento y la gracia y originalidad de las imágenes y conceptos esas *Rimas* revelan en su autor á un verdadero poeta. Precio, 50 céntimos.

PARA LIMPIAR LA BISUTERIA

Para limpiar todos los objetos en oro, plata, dúblé, dorados, bronceados, de plata vieja y los mecanismos de relojería se recomienda la siguiente composición:

Agua natural. 1000 gramos
Acido clorhídrico. 2'8 á 26 "
Acido sulfúrico. 1 á 63 "
Sal gruesa de cocina. 4 gramos
Cianuro de potasio. 170 á 450
Tinta roja de coasina. 4'5

Hay que advertir que este preparado es sumamente peligroso.

CUADRADO. por B. Mauque



Sustituir los puntos por letras de modo que horizontal y verticalmente se lea:

- 1.º Río de Europa.
- 2.º Capital de estado.
- 3.º Infinitivo.
- 4.º Teatro de Madrid.

NOTAS DE MI GUITARRA

Los pájaros y las flores
viven libres en el campo;
yo vivo preso en las redes
del amor que nos juramos

Estoy sufriendo por verte
pero á tu lado no corro,
que la pena me mata
Si de nuevo te abandono.

ACROSTICO JEROGLÍFICO, por Novejarque

(1) CARAMELO	(2) TITI	(3) GRAJO	(4) NAVIDAD
(5) PAJO	(6) LA ILUSTRE FREGONA	(7) CASA	(8) CABO
(9) CANTAR	(10) GATO	(11) ALMANAQUE	(12) CASAMIENTO

Descifrar estos doce fragmentos y ordenarlos de modo que con la primera sílaba de cada uno de ellos se pueda leer verticalmente un refrán.

Si en los ojos se retrata
lo que se siente en el pecho,
mira y verás en los míos
todo el amor que te tengo

LUIS DEL ARCO

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior
Frases hechas.—Hablar con el corazón en la mano.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. U. R.—Madrid.—Tampoco es publicable *Un martir mío*: no tiene verdadera forma literaria y el asunto es inocente. No por eso debe usted desalentarse. Cueste mucho acortar, y antes de conseguirlo se pasan á veces años y años.

J. B.—Valencia.—Amigo mío, la poesía, como dice usted, *El Cuervo* es una atrocidad. De publicarla podría usted parecer víctima de un rayo celeste, en cuanto se enteren en el Parnaso. El artículo corto, á las veces está plagado de defectos, á manera de una nube de langostas cayendo sobre un plantío de hortalsas. Yo creo que lo mejor que podría hacer usted es romper la lira y el portaplumas. Con todo puede que ande yo equivocado, y así sería bien en consultarlo con persona más autorizada.

V. A.—Bermoo.—La poesía es preciosa, al fin como yo.

A. M. G.—Toledo.—Recibida con mil amores la poesía que me adjunta en su carta.

L. M. (a)—Ollerena—Valdepeñas.—No hay el menor inconveniente en publicar su poesía. Alá va, sin quitar punto ni coma.

¡¡ INCRATO !!

Al versar del fondo de tu alma
Un suspiro salió con alegría
Y al devolverlo el vazo que me diste
Otro suspiro salió desde la mía
Y aquellos dos suspiros enlazados
Con el hilo traidor del desengaño
A formar un alma tierna y dulce
Se marcharon al fondo del espacio
¡O criminal y malicioso amante!
Cuanto mi hora por ti vista vertida
A mirar no me vuelve ¡Me olvidaste!

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

EN LA ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO EDITORIAL "LA IBERICA", PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA



Ayuntamiento de Madrid